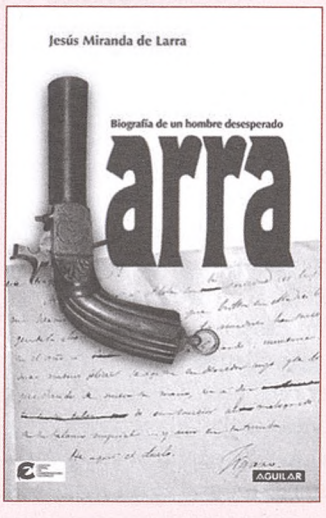
De máscaras y suicidas: Fígaro, Max, Bradomín[1]

Javier Huerta Calvo
Instituto del Teatro de Madrid, UCM



A Ignacio Amestoy,
hermano mayor de la Cofradía de la Noche de Max Estrella

Cuentan las crónicas que un 13 de febrero de 1837, lunes de carnaval, y siendo ya tarde anochecida, se vio salir del número 3 de la calle de Santa Clara, a dos mujeres de porte elegante y con paso algo atropellado, y que, al poco, se oyó una fuerte detonación procedente del piso cuarto. Una de las dos mujeres era Dolores Armijo; la detonación correspondía al tiro que acababa de propinarse un joven y, sin embargo, ya muy maduro escritor, Mariano José de Larra. Atrás quedaba una escena no muy difícil de reconstruir: por un lado, una mujer casada que, con testigo de por medio, se niega a seguir manteniendo unas relaciones adúlteras y reclama a su amante unas cartas más que comprometedoras; por el otro, un hombre que ve desesperado cómo sus ilusiones por "la más bella entre las bellas, la estrella de Sevilla, la andaluza de piececitos hechiceros" se desvanecen... Una escena propia, sí, de un gran drama romántico, con todos sus ingredientes espectaculares y efectistas, una suerte de auténtica *performance* de aquella célebre novela alemana que tanto escándalo había suscitado en la Europa del Romanticismo: *Las cuitas del joven Larra*..., digo, *Werther*, el drama, en fin, que él nunca pudo escribir.

Las conmemoraciones ofrecen coincidencias venturosas: el bicentenario del nacimiento de Larra concurre con los cien años de la muerte de aquel ciego iluminado, príncipe de la golfemia madrileña, que fuera Alejandro Sawa. Y es que Madrid, la bohemia y el teatro nos ligan, a través del tiempo, con estas sombras del pasado, criaturas reales y de ficción, o ambas cosas a la vez: Larra, Sawa o Max, Valle o Bradomín... Los espejos, esta vez de feria, nos proyectan al infinito las imágenes dobles de sus caras y de sus caretas. Nuestro Macías se valió de ellas a discreción: "El pobrecito hablador", "Andrés Niporesas", "El duende satírico", "Don Ramón Arriala", y "Fígaro", su favorita, la que mejor le cuadraba a su papel en este gran teatro del mundo. La máscara –española, sevillana, como su bien amada Lola– era invento, sin embargo, de un francés, Beaumarchais; reunión perfecta, por tanto, de la España en que nació y la Francia donde se educó a causa del exilio de su afrancesado padre, tras la caída de don Pepe Botella, el mejor rey, como es bien sabido, de nuestro siglo XIX. La pasta de que estaba hecho el barberillo, "charlatán, enredador y curioso", era la que mejor convenía a su oficio de periodista, sin olvidar, claro, su facha de Don Juan de barrio bajo, de dandi proletario. "Me llamo, pues, Fígaro; suelo hallarme en todas partes, tirando siempre de la manta y sacando a la luz del día defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir a todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que, o no dicen lo que piensan, o piensan demasiado lo que dicen".

El teatro, como vehículo cultural de primer orden, fue obsesión permanente de Larra, seguidor de las ideas reformistas de Jovellanos y el conde de Aranda. A menudo se lamenta de la incuria habitual de los actores, que

[1] Una versión inicial y algo más reducida de este artículo fue leída ante la casa de Mariano José de Larra, durante la celebración de la XII[a] Noche de Max Estrella, el pasado 26 de marzo.

LARRA Y ESPRONCEDA, ROMÁNTICOS

desprecian los saberes y están envanecidos por su popularidad, sin preocuparse por la adquisición de conocimiento. Así, por caso, en los artículos titulados "Yo quiero ser cómico" y "No lo creo", uno de sus pocos elogios a Fernando VII por haber creado la Escuela de Declamación y costeado la edición de las obras de Leandro Fernández de Moratín. La censura de prensa, contra la que clama una y otra vez, debió impedirle mayores desahogos a la hora de criticar la marcha política de un país sometido a constantes cambios de régimen y, sobre todo, a largos periodos de intolerancia, de modo que, al contrario de lo que sucedía en otros lugares, en España "siempre se ha preso y se ha deportado a quien se ha querido".

Viaducto. Madrid.

Es que Larra, teatrero impulsivo, por traductor, adaptador, dramaturgo, primer gran crítico teatral de nuestra historia, azote de los malos cómicos, hizo su mejor teatro no en la escena sino en sus artículos, dramatizables a poco que se les tiente, pues que están hechos a base de monólogos emotivos y hasta patéticos, de entrevistas imaginarias, de diálogos que el autor sostiene con su criado o con los inefables don Latinos de entonces, cínicos y mezquinos, incapaces de elevar sus pies de la tierra, tramposos, mediocres, imbéciles negados al dolor ajeno. El paseo del Fígaro que bajaba todos los días del cuarto piso de esta casa para tomar el pulso de los Madriles románticos semeja, y mucho, al que Max, en su última noche de pasión, emprende desde su guardilla de Bastardillos, recorriendo calles y plazas, librerías, siniestras oficinas, animadas redacciones de periódicos, tertulias de cafés…, hasta alcanzar la meta deseada: el cementerio. Como el marqués de Bradomín, cuando platica con el admirable Rubén en el adiós al común amigo Estrella, Fígaro lo visita el día de difuntos de 1836, pocos meses antes de su pistoletazo; allí nos sorprende con la visión de un Madrid convertido en gigantesco cementerio, anticipándose al Dámaso del memorable "Insomnio" de *Hijos de la ira*: "Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres según las últimas estadísticas". Leemos en Larra: "La inmensa capital, toda ella se removía como un moribundo que tantea la ropa; entonces no vi más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía a cubrirle como una ancha tumba". Imagen preesperpéntica de una España agonizante la de este escrito tremendo, en el que, como un eco que preludia la salmodia de Bernarda Alba, la última palabra que se escucha es: "¡Silencio, silencio!".

La mueca macabra del esperpento, la que Valle había descubierto en la espantable careta de "El entierro de la sardina", de Goya, con cuyos "Caprichos" tanto tienen que ver los cuadros escritos de Larra, asoma también en la imagen postrera de nuestros dos personajes, Fígaro y Max. Me refiero, claro, al suicidio: "Podemos suicidarnos colectivamente", propone el ciego, nada más levantarse el telón, a su mujer y a su hija, que terminarán muy probablemente y, con él ya fiambre, haciéndole caso con la ayuda del tufo del brasero. A la propuesta volverá después Max, esta vez confiándose a su desleal lazarillo: "Latino, vil corredor de aventuras insulsas, llévame al Viaducto. Te invito a regenerarte con un vuelo". El Viaducto, gran teatro de los suicidas de la Villa y Corte, alzado sobre la calle de Segovia, allí donde naciera Larra, a dos pasos de la de Santa Clara, donde un valleinclanesco lunes o martes de carnaval dijera adiós a esta España de sus *dolores* el gran Mariano José de Larra. ■